

NOTAS

Nota sobre Antropología social

En el agitado mundo de las ideas del siglo pasado hemos de destacar por su novedad el nacimiento de una serie de ramas del saber de los hombres sobre los hombres, erigidas por primera vez al rango de disciplinas autónomas. Fue la época del crecimiento impresionante de las ciencias de la naturaleza, cuyas aplicaciones prácticas aportaron a nuestra vida cotidiana innovaciones espectaculares. Nada hay más excusable que la pretensión de tantos pensadores de aquella época de llegar a un conocimiento «científico» también del hombre, mediante la aplicación del método experimental, tan fructífero en la física o en la química. Nacieron así una serie de ciencias del hombre; nacieron incluso grandes sistemas, como la sociología de A. Comte o el materialismo histórico de K. Marx, más ricos, hay que decirlo, de pretensiones, que de contenido realmente científico. En algunos casos el método dio resultado, y hay ciencias humanas, aquéllas derivadas de la medicina o de la paleontología, a las cuales nadie discute su carácter de tal. Pero estamos ya de vuelta del cientificismo. El positivismo y el marxismo han mostrado lagunas tan amplias como sus mismas ambiciones. Las «ciencias sociales», que más básicamente sacaron su ímpetu de aquel ambiente, han tenido que luchar, para conservar su misma razón de existir, por superar sus propias premisas, y no verse envueltas en su descrédito. Y sus cultivadores, para lograrlo, todavía tienen que examinar muy cuidadosamente el concepto, objeto y método de su saber, para poder presentar al profano una construcción digna del siglo XX. Destacar, desde el punto de vista del no especialista, por supuesto, hasta qué punto aún hoy día permanecen problemáticas las premisas de tales «ciencias», a pesar de la atención preferente que se les dedica, es el objeto de la presente nota.

Puede suministrarnos un excelente tema de reflexión a este respecto un reciente libro, cuyo objeto es precisamente dar al profano una idea,

un resumen, del estado actual de los conocimientos en una de las ciencias sociales, la «Antropología social»¹. El autor, profesor de Sociología Africana en la Universidad de Oxford, no puede ser más calificado para realizar este propósito. Expresa así el fin de su trabajo: «The primary object is to give some account of what social anthropologists now know and think about the social life of 'exotic' societies»².

Define la antropología social como una derivación de la historia y de la sociología, una ciencia dedicada al estudio de las sociedades que hemos convenido en llamar «primitivas»³. Al afirmar que empezó a tratarse como materia académica distinta en el siglo XIX, declara que las especulaciones y descripciones de generaciones de filósofos y viajeros anteriores tienen su lugar en la historia de la antropología.

Al trazar la evolución de su disciplina hacia un carácter científico, hace Lienhardt una exposición histórica, en la que destaca los cambios habidos en la determinación de los problemas que interesaban a los estudiosos, y en la manera de interpretar los datos obtenidos por observación. Así, entre otras cosas, ridiculiza el darwinismo antropológico, típico del pensamiento británico en la era victoriana, con su esquema evolutivo desde sociedades «bajas» (*lower*) hacia sociedades más perfectas (*higher*), cuyo arquetipo era naturalmente la sociedad victoriana a la que pertenecía el estudioso, y cuyo presupuesto frecuente era la arrogante creencia en una inferioridad *natural* de aquéllas. Ello le lleva a definir lo que es y lo que no es un enfoque científico en su disciplina⁴. Lo hace con mucha cautela, apoyando cada una de sus afirmaciones en Durkheim. Sus conclusiones se pueden reducir a tres:

- a) El rechazo radical de cualquier *a priori* filosófico o psicológico.
- b) La necesidad de obtener una visión más amplia de cualquier hecho o institución mediante su comparación con otras similares en otros grupos, aún geográficamente alejados.
- c) La asunción del hecho, empíricamente comprobado, de que un organismo social no se reduce a una suma de individuos, sino que por el contrario, su tradición condiciona la mentalidad de éstos.

Sólo así, cita Lienhardt a Durkheim, se podrán «alcanzar los hechos científicos subyacentes al nivel no científico».

Estos presupuestos metodológicos van a ser aplicados a un objeto de estudio que Lienhardt se esfuerza en presentarnos de la manera más coherente posible: la «estructura social»⁵, que concibe como una abstrac-

¹ LIENHARDT, Godfrey, *Social Anthropology*, The Oxford University Press, London, 1964.

² *Op. cit.*, p. 3.

³ *Op. cit.*, pp. 1-2.

⁴ *Op. cit.*, pp. 37-40.

⁵ *Op. cit.*, pp. 193-194.

ción hecha a partir de la totalidad de la realidad cultural. Ahora bien, tiene la prudencia de reconocer la dificultad de darle un significado preciso y fijo, dados los equívocos a que ha dado lugar su utilización por antropólogos que le han atribuido significados distintos, y por el hecho incluso de que, en la práctica, los estudiosos lo fraccionan en conceptos parciales como estructura familiar, económica o política, en abierta contradicción con el ideal de una visión integradora de conjunto, que considera la interrelación de todos estos hechos y estructuras.

Ahora bien ¿cuáles son estos «hechos científicos»? El desarrollo de la obra de Lienhardt nos ofrece unos cuantos, sobre distintos aspectos de la vida social primitiva: ecología, economía, política, familia, religión, etc. Ofrecen todos caracteres similares. Para percatarnos de ellos, podemos resumir, a título de ejemplo, su consideración de la «economía» primitiva. A partir de una descripción yuxtapuesta de conductas de Melanesios, indios de Colombia británica, Bantúes, Negritos, Australianos e incluso Norteamericanos actuales, llega a la generalización de que en las sociedades «primitivas» no se puede hablar de economía propiamente dicha, pues no existe «mercado» ni «dinero»⁶. En cambio, sí cabe hablar del valor social, político e incluso religioso del uso de los bienes, sobre todo cuando afectan a grandes cantidades⁷.

En estas conclusiones observamos dos elementos. Uno, muy claro, y exhaustivamente demostrado, negativo: es la refutación del error que representaría (y ha representado) considerar a estas culturas «primitivas», y nuestras relaciones con ellas, bajo el prisma de nuestra propia mentalidad, en la que predomina, en lo económico, la idea de la compra-venta. El otro, positivo, pero ya mucho más prudentemente expresado, con menos carácter de «ley científica», e introducido por el anterior: es la explicación de cómo las mercancías llegan a adquirir un valor no mercantil, y cual es éste.

Podemos sobre este ejemplo examinar el funcionamiento de los presupuestos metodológicos de la antropología social, tales como los ha expuesto Lienhardt.

¿En qué sentido podemos entender la exclusión de todo *a priori* filosófico o psicológico? Únicamente en el sentido de no llevar *in mente* al empezar la investigación una tesis filosófica o psicológica ya preparada, buscando en los hechos tan sólo su confirmación. Ello lleva el peligro de «un empleo selectivo de las fuentes», o sea de emplear sólo los hechos que confirmen la tesis inicial, y desechar los otros. Esto es precisamente lo que reprocha Lienhardt, por ejemplo, a Herbert Spencer o

⁶ *Op. cit.*, p. 108.

⁷ *Op. cit.*, pp. 112-113.

a Lord Avebury⁸. Pero por muy justificados que sean estos reproches, no hay que perder de vista que conclusiones erróneas, basadas en un «empleo selectivo de las fuentes», se deben en realidad a una documentación incompleta, o a una falta de rigor en la investigación, pero en ningún caso al hecho mismo de buscar confirmación a una idea *a priori* del investigador. Una investigación de este tipo, honradamente conducida, lleva o bien a la confirmación total o parcial de la idea original, o bien a desecharla como errónea. Es más, ninguna investigación se puede llevar a cabo sin una hipótesis previa, a confirmar o desechar, que nos suministrará la «pregunta» que formularemos a los hechos. Los datos en estado «bruto» nunca pasarán de ser tales datos, inexpresivos e ininstructivos, hasta que sean convenientemente «interrogados» en relación con lo que interesa al investigador. La misma demostración de Liehardt, que no se puede hablar de «dinero» en las comunidades «primitivas», se apoya en la pregunta previa ¿cómo se comporta el concepto de «dinero» en tales comunidades? Respecto a este problema se han recogido, seleccionado, yuxtapuesto e interpretado los hechos capaces de darle solución. Ahora bien, esta pregunta previa tiene también su razón de ser: no es otra que el haber habido gente que han supuesto, en su trato con aquellos pueblos, que tenían una economía monetaria análoga a la nuestra, y esto es un *a priori*, que no por ser fáctico en vez de filosófico deja de ser tal. Y ya que de todas formas hemos de manejar un *a priori* en la investigación —llamémoslo hipótesis de trabajo, o planteamiento del problema, o como se quiera— no vemos ya razón alguna de excluir del campo de la antropología social problemas filosóficos o psicológicos, salvo el descrédito que echó sobre su planteamiento mismo su inadecuada resolución en décadas anteriores.

Se puede objetar aquí, naturalmente, que lo que suministra los planteamientos de estudio en una disciplina es su objeto. En este caso, es la «estructura social». Esta se llega a conocer, según Lienhardt⁹, abstrayendo de un conjunto de observaciones sobre las creencias y el comportamiento de la gente un esquema teórico. O sea, la «pregunta» que formularemos a los hechos observados es: «¿Según qué esquema general se manifiestan?». Imaginamos que así se procederá primero con la comunidad directamente observada por el antropólogo, y luego se acudirá a comparaciones sucesivas para obtener esquemas de estructura social a escala general. De no ser así no se comprendería la insistencia en el método comparado.

Ahora bien, ¿corresponden los resultados obtenidos a tales premisas? Para empezar, no parece haber siquiera acuerdo entre los antro-

⁸ *Op. cit.*, p. 13.

⁹ *Op. cit.*, p. 194.

pólogos sobre qué clase de resultados se desean. Sabemos que el objeto de las ciencias «exactas» es inducir de un haz de fenómenos unas leyes causales-formales, que, aunque se reduzcan a juicios de probabilidad, permitan, con mayor o menor exactitud, prever el desarrollo de un futuro experimento en unas condiciones dadas. Previsibilidad es, en estas ciencias, el criterio de lo científico. En las ciencias sociales, y particularmente en la suya, Liendhardt rechaza este criterio¹⁰. Sin embargo, vuelve a él unas páginas más adelante, al identificarse con los que «seek unifying principles or theories, in the light of which whole ranges of facts may be seen to be interrelated in a coherent way»¹¹. Los científicos como Hunt o Darwin anteriormente criticados lo son entonces no por proponer teorías, sino por proponerlas sin la adecuada información y sin la posibilidad de su verificación empírica¹².

La explicación de esta contradicción puede ser una simple inadvertencia, pero más grave es el que no pueda resolverse acudiendo sencillamente a alguna conclusión de la antropología social y observando sus características. En efecto, como vimos en el ejemplo de la economía monetaria que hemos examinado, tal conclusión es ante todo una refutación de una opinión, que introduce algunas generalidades en apoyo de la opinión contraria. El ejemplo tomado no es aislado. Todo el desarrollo del libro de Lienhardt parece primordialmente consistir en advertencias contra errores anteriormente cometidos, sin proponer gran cosa de constructivo en su lugar.

Por una parte, es evidente que estas conclusiones corresponden al objeto propuesto para la disciplina, pues todo lo que se pueda decir sobre la vida social de los pueblos «primitivos» tiene cierta relación con su «estructura social». Pero por otra, difícilmente podemos conferirles el carácter de ley, o de teoría científica. Se pierde en ellas toda noción de causa. Es más, en cuanto pasan de ser mera descripción estática, son juicios de valores encubiertos, en los que se valora, no ya como antaño a los «salvajes», sino a nosotros, los occidentales. Tomarse el trabajo de demostrar que una opinión es falsa implica haberla antes enjuiciado como perniciosa. Esto quiere decir que los resultados realmente interesantes, realmente útiles, conseguidos por la antropología social ya no corresponden realmente al objeto de estudio que ésta se propone.

¹⁰ «This Science, which then began to be called 'anthropology', would aim at the immediate discovery of universal 'laws' of human development and human nature, as certain in their application as those of the physical sciences... Ironically, under the influence of such ambitions... anthropology went through a period of extremely unscientific controversy» (*op. cit.*, pp. 7-8).

¹¹ *Op. cit.*, p. 31.

¹² *Op. cit.*, pp. 31-2.

Esto es lógico. Como hemos dicho, la actitud, ante hechos observados, de un antropólogo consecuente con las premisas sentadas es preguntarse por el esquema general según el que se manifiestan. Tal estudio es en puridad una mera descripción, de una conducta o estructura tipo en vez de muchas conductas o estructuras particulares, hecha con fines meramente contemplativos. Pero esto solo no ha llevado a antropólogo alguno al estudio de su disciplina, y menos que nadie, a los anglo-sajones, cuyo utilitarismo siempre ha constituido el motivo de su pensamiento¹³. El antropólogo se ha puesto a estudiar antropología, no porque le interesaba la estructura social como esquema típico del comportamiento de determinados grupos exóticos, sino porque se le planteaban respecto a ellos problemas mucho más concretos, filosóficos, morales, o sencillamente humanos. En el caso de Hunt, sería encontrar una confirmación a su esquema evolucionista. En el caso de Pritchard o Rattray¹⁴, sería conocer mejor a los indígenas de determinadas regiones para conseguir un mejor entendimiento entre ellos y la Administración colonial, etc.

Hemos visto que cada antropólogo, en cada investigación particular, parte, consciente o inconscientemente, de una idea *a priori*. Esta idea está en íntima conexión con el fin que persigue la investigación, y condiciona su objeto concreto. La finalidad de la investigación es siempre en última instancia un bien, ora para los nativos, ora para los europeos, ora para la humanidad en general. O sea que una investigación antropológica arranca siempre de un juicio valorativo, moral, y éste condiciona todo el transcurso de la misma, particularmente a la hora de sacar conclusiones.

Lienhardt es demasiado perspicaz para no reconocerlo¹⁵. Pero lo que no quiere reconocer una concepción de la antropología como «ciencia pura» es que este factor subjetivo, ético, del propio investigador no puede, ni debe, ser eliminado. Para antropólogos de esta tendencia, cae fuera de su campo intentar convertir a los nativos a nuestro modo de ser en lo religioso, político o económico, el demostrar premisas filosófico-sicológicas como la evolucionista, el investigar acerca del «origen del Estado», o de «la sociedad», o incluso, por reacción, el defender como «óptimo» el estado social de los indígenas antes de nuestra llegada¹⁶. Ello

¹³ Es interesante anotar a este respecto que, menos un ruso, todos los antropólogos mencionados por Lienhardt son anglo-sajones.

¹⁴ Puestos como ejemplo por Lienhardt, *op. cit.*, pp. 3-4.

¹⁵ «...when human beings write about human beings, it is not easy to eliminate all personal and social idiosyncrasy. About all monographs on other people can be made to yield a good deal of information about their authors also...» (p. 188). «Social anthropology owes much to a basically moral impetus...» (p. 189).

¹⁶ Error que acertadamente señala Lienhardt en muchos antropólogos actuales, como los colaboradores de *L'Année Sociologique*, *op. cit.*, pp. 188-9.

les lleva a evitar la cuestión del fin que persigue su ciencia, mientras los cultivadores de otras ciencias no tienen reparo alguno en pronunciarse sobre la misma. No nos hablan ni de las posibilidades de la ciencia aplicada, como los físicos, ni del alivio de sufrimientos humanos, como los médicos, ni de una más justa organización social, como los políticos, ni aún del saber por el saber, como los filósofos¹⁷. Desde luego, esta cuestión requiere una valoración moral, pero no por hacerla una ciencia deja de ser tal. Es más, debemos calificar de irreal todo intento de eliminarla, o de presentarla como una «impureza» en la investigación, pues, como hemos visto, ello equivaldría a suprimir el objeto mismo de la ciencia.

Una concepción de la antropología social como la que ha expuesto Lienhardt en su toma de conciencia global de esta disciplina, plantea, en el profano a quien se dirige, más interrogantes de los que resuelve, respecto a su método, objeto y fines. Deja la impresión de que los antropólogos necesitarían efectuar un atento examen crítico de estos problemas previos, de los cuales, precisamente por ser previos, depende la razón misma de existir de una ciencia. Y si los resultados de este análisis alejan más de lo deseado a la antropología social de las ciencias «exactas», acercándola algo a las ciencias morales, no deben ver en ello ningún descrédito, antes bien lo contrario, pues mereciendo tanto éstas como aquéllas el nombre de ciencias, las segundas persiguen ideales más elevados, con miras más amplias, que las primeras.

WLADIMIR LAMSDORFF-GALAGANE

¹⁷ El libro de Lienhardt, por ejemplo, silencia totalmente este problema.